



Fiesta entrañable y gozosa la que se rememora en este domingo decimotercero del tiempo ordinario. Es el misterio de la **Transfiguración del Señor** que da nombre a nuestra Iglesia Catedral, la **Sancta Ovetensis**, dedicada, desde siempre, al Salvador del mundo y sus doce apóstoles.

Hoy la celebramos en comunión con toda la Iglesia, tanto de oriente como de occidente, y lo hacemos llevando en el corazón el recuerdo, siempre vivo y agradecido, del Papa san Pablo VI que, un 6 de agosto, vivió su "éxodo" hacia la gloria del cielo.

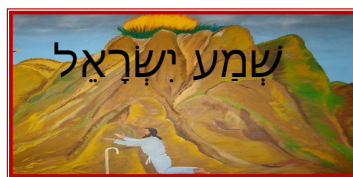
Los acontecimientos de la vida de Cristo tuvieron lugar en un tiempo y lugar preciso, pero la gracia que consigo portan, se extiende a todo tiempo y lugar. Son «*misterios*», esto es, vida siempre abierta a todos los bautizados a fin de ser compartida.

El creyente está llamado a volverlos a vivir, y no sólo a recordar, por medio de **signos y palabras** en la celebración litúrgica. Cada participante, en la fe, se hace contemporáneo al hecho celebrado. En otras palabras, Cristo sigue hoy transfigurándose, a los ojos del creyente, con la misma «*evidencia*» con la que se manifestó a los discípulos en el monte Tabor. De esto modo podrá decir: "*Hemos visto su gloria*" (2 P 1, 16). Una **visión**, contemplada y saboreada, que está llamada a ser fuente de evangelización

La liturgia de este día nos invita a fijarnos en el rostro del Hijo de Dios que, en la montaña, se metamor-

foseó, como dicen en el oriente cristiano, delante de Pedro, Santiago y Juan, teniendo como testigos a Moisés y Elías. Mientras esto acontecía se oyó la voz del Padre que desde el corazón de la nube, signo de su misterio, decía: "*Este es mi Hijo, el amado, mi predilecto. Escuchadlo*" (Mt 17, 1-9)

La manifestación que aconteció sobre el monte Tabor, tiene mucha relación con lo que vivieron dos grandes contemplativos:



a) **Moisés**, en el marco de una grandiosidad indescriptible puesto que "*la montaña humeaba, porque el Señor había descendido sobre ella en medio de fuego. Su humo se elevaba como el de un horno y toda la montaña temblaba con violencia*" cfr. Gn 19,18. La finalidad era invitar a la escucha: שְׁמַע יִשְׂרָאֵל **¡Escucha a Israel!** cfr(Dt 6,4)

b) **Elías**, como "*murmullo de una suave brisa*" cfr. 1 Rey 19, 12 pero no menos grandiosa que la anterior. El motivo era que se había cerrado el corazón de su pueblo dejando de ser oyentes de esa Palabra, que brota de la boca del Altísimo, siempre dulce y sabrosa como la miel.

En esta ocasión, la humanidad del Señor se convierte en fuente de luz. El Dios invisible hace oír su voz para indicar que la atención debe dirigirse ahora a Jesús. Así se hace realidad la promesa hecha a Moisés: "*El Señor, tu Dios, te suscitará de entre los tuyos, de entre tus hermanos, un profeta como yo. A él lo escucharéis!*" cfr Dt 18,15.

Escuchar al Dios invisible significa escuchar al Hijo, a Jesús, al Siervo, al Elegido, al Profeta definitivo. Es esto lo que acontece cuando, con fe, se presta oídos a lo que nos dice. Las palabras del Evangelio vienen a ser como sus vestidura. Orígenes escribirá: «*Cuando*

veas a alguien que es capaz de "aclarar" cada texto evangélico, no dudes en decir que para él las vestiduras de Jesús se han vuelto blancas como la nieve».

Otras veces esta invitación se hace realidad en la contemplación de la creación, puesto que Dios ha escrito dos libros:

a) **La Biblia.**

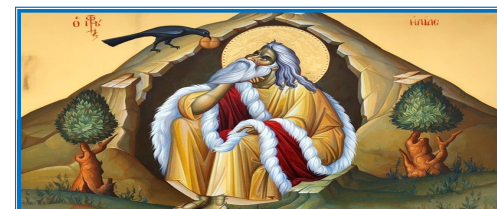
b) **La Creación.**

Uno con letras. El otro con cosas.

En el Tabor Cristo transformó la creación entera. Los tres apóstoles habían pasado mucho tiempo con él, pero habían visto sólo las apariencias. Aquel día sus ojos se abrieron, como cuando las aves inician su canto ante los primeros rayos del día.

El beato dominico Enrique Susón, dejándose enriquecer por este misterio, escribe: «*Cuando en la Misa llego a las palabras **Sursum corda** [levantemos el corazón], me imagino que tengo ante mí a todos los seres creados por Dios en el cielo y en la tierra.. Entonces pienso que estoy entre estas criaturas, como un adiestrado cantor en medio de una grandiosa melodía que entona toda la creación*».

La transfiguración tuvo lugar mientras Cristo oraba y en uno de los montes, junto con el Sinaí/Horeb y el Calvario, donde Dios mostró su intimidad y cercanía. Subamos, como pide el Papa, "*a la montaña de la oración; oración silenciosa, oración del corazón... Siempre buscando al Señor. Fijemos nuestra mirada interior en su rostro y dejemos que su luz nos impregne a fin de que se irradie en toda nuestra vida*".



Orando en la escuela de los salmos

Un salmo para rumiar

Sal 96, 1-2.5-6.9

El Señor reina, la tierra goza,
se alegran las islas innumerables.
Tiniebla y nube lo rodean,
justicia y derecho sostienen su trono.
Los montes se derriten como cera
ante el dueño de toda la tierra;
los cielos pregonan su justicia,
y todos los pueblos contemplan su gloria.
Porque tú eres, Señor,
altísimo sobre toda la tierra,
encumbrado sobre todos los dioses.

Dios ofrece al corazón cristiano espectáculos tan grandiosos, que nada les puede ser más agradable, si es que existe un paladar creyente, capaz de gustar la miel de Dios. Yo creo que en todos vosotros, que habéis creído de todo corazón en nuestro Salvador, habita su Espíritu, que os deleita cuando se leen las profecías”, cuando se rumian los Salmos. Es el comentario que san Agustín hace al salmo 96 (97).

En él se anuncia y se celebra el triunfo final de Dios. Es el inicio de una nueva creación, de la que Jesús es el Rey, tal como se manifestó sobre el monte Tabor. Moisés y Elías, con su presencia, lo testifican. Pedro, Santiago y Juan lo comienzan a vivir de ahí que digan: “que hermoso es estar aquí”.

Dios es fuego ardiente para Moisés. Silencio sobrecogedor para Elías. Cegadora luz para Pedro, Santiago y Juan.

Ciertamente, así lo vivieron estos discípulos del Señor, “la luz te envuelve como un manto” cfr 103 (104),2.

Los sabios de Israel se habían dado cuenta, a través de la prueba del exilio, que ya no había lugar para la esperanza en un reino terrenal. Antes del destierro de Babilonia, todas las expectativas estaban puestas en el reino de Judá y en su desarrollo religioso y moral. Tras la vuelta del mismo, los horizontes se ensanchan, las miradas se orientan hacia unos espacios sobrenaturales y los sabios, como ya los profetas, otean, a modo de un nuevo amanecer, la venida del reino de Dios.

Con el Salmo 96 se celebra la manifestación de Cristo en la carne como luz sobrenatural, que envuelve a los rectos de corazón trayéndoles una profunda alegría.

En el rostro de Cristo resplandece la gloria del Padre, que ha de envolver a los que son sus discípulos. Romano Guardini, en su preciosa obra “El Señor”, escribe: “La existencia cristiana se ha mundanizado... de tal modo que ha perdido aquella “tensión” que caracterizó a los primeros siglos: la seriedad en la reflexión, el entusiasmo en la entrega, el fervor en lo que se dice y se vive... Para revivirla es necesario que la vida cristiana deje de aparecer como lo más natural...” Hay que volver al Tabor que viene a ser las primicias de una nueva creación. La que tendría lugar con la resurrección.



En la fuente de agua viva

Catedral de Oviedo

Domingo XVIII

La transfiguración de Jesús “A”

Un texto para guardar
en la memoria del corazón



En aquel tiempo, Jesús tomó consigo a Pedro, a Santiago y a su hermano Juan y se los llevó aparte a una montaña alta. Se transfiguró delante de ellos, y su rostro resplandecía como el sol, y sus vestidos se volvieron blancos como la luz. Y se les aparecieron Moisés y Elías conversando con él. Pedro, entonces, tomó la palabra y dijo a Jesús: —«Señor, ¡qué bien se está aquí! Si quieres, haré tres tiendas: una para ti, otra para Moisés y otra para Elías».

Todavía estaba hablando cuando una nube luminosa los cubrió con su sombra, y una voz desde la nube decía: —«Éste es mi Hijo, el amado, mi predilecto. Escuchadlo». Al oírlo, los discípulos cayeron de bruces, llenos de espanto. Jesús se acercó y, tocándolos, les dijo: —«Levantaos, no temáis». Al alzar los ojos, no vieron a nadie más que a Jesús, solo. Cuando bajaban de la montaña, Jesús les mandó: —«No contéis a nadie la visión hasta que el Hijo del hombre resucite de entre los muertos».